

 Seix Barral

Gabi Martínez

Delta





Seix Barral Los Tres Mundos

Gabi Martínez

Delta

© Gabi Martínez, 2023

Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

págs. 315-316: © *Mediterráneo*, 2000 BMG Music Spain, S. A., interpretada por Joan Manuel Serrat

La obra ha recibido el apoyo de la beca Finestres a la escritura de ensayo concedida por la Fundació Finestres

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-322-4254-0

Depósito legal: B. 15.895-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

NOTA: Este libro está basado en hechos reales aunque utiliza en su narración algunos recursos de la ficción. Ciertos detalles y hechos han sido modificados y los nombres de las personas cambiados para preservar su identidad y su derecho a la intimidad.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

D

Esta noche dormiré solo en Buda, aunque hubo un tiempo en el que hasta setenta familias compartieron la isla. El agua lame suave la arena del puntiagudo saliente del delta, a unos doscientos metros de La Casa de La Pantena donde me acabo de instalar. El rumor tierno del mar se expande por las lagunas y las hectáreas de arrozales que habitan ranas, siluros como delfines, mosquitos o garcetas bueyeras, en un espectáculo biodiverso que no va a durar, porque aquí todos saben que ese agradable murmullo preludia los bramidos que pronto proyectará el mar antes de inundar un nuevo fragmento de costa. El apacible rumor se vive como una tregua, quizá la última para La Pantena. Las borrascas, además de destruir barras de arena y malecones construidos con urgencia, están engullendo costa de ciento cincuenta en ciento cincuenta metros así que, ateniéndonos al patrón, La Pantena está a tres borrascas de convertirse en reliquia submarina. Se trata de una espera que algunos califican como «tensa» y, en cualquier caso, tiene un epílogo inexorablemente natural: la inundación.

Natural porque el planeta atraviesa un ciclo cálido

que, junto a una actividad humana sin precedentes, ha provocado el cambio climático que está modificando la temperatura global y, con ella, las mareas, haciendo que desde el Mediterráneo a la Polinesia el agua aumente de nivel y recorte las costas a inédita velocidad. Es lo que pasa en la desembocadura del Ebro.

Y natural también porque la proliferación de embalses y el desvío de agua destinada a regar cultivos impiden que el río arrastre los sedimentos necesarios para mantener el delta lo bastante compacto como para resistir los empujones del mar. El agua baja demasiado clara, casi impoluta, tan carente de defensas sólidas que los pocos depósitos acumulados en la desembocadura no pueden contrarrestar la fuerza de un Mediterráneo que avanza. Y sin sedimentos no hay resistencia.

Los deltas son espacios simbólicamente agradecidos, aunque cuando busqué literatura reciente a propósito costó encontrarla. Los deltas ofrecen tanto que sorprende que sobre ellos se haya escrito tan poco, al margen de los libros técnicos. Para entender la idea que la mayoría de humanos tenemos de un delta hay que remontarse a la letra donde empieza todo, que es la D. La cuarta del alfabeto griego, a la que se conoce con el nombre de *delta* y en la que pensó Heródoto al contemplar el triángulo arqueado que formaba la desembocadura del Nilo. Además de pensarla, la escribió, D, y, sin saberlo, legó la imagen y el nombre a la posteridad.

Delta.

La D también es la inicial del nombre de Zeus en griego. En aquella numeración tiene el valor de cuatro. Este número plantea una paradoja porque la represen-

tación geométrica del delta es un triángulo, que se asocia a las pirámides o a «el ojo que todo lo ve», y en multitud de imaginarios todo eso equivale a otro número: el tres.

En cualquier caso, el delta es una confluencia, de modo que los cruces y las paradojas abundan. Un sitio donde el tres y el cuatro se mezclan como las tiendas de los surfistas con las barracas, los toros con las anguilas, y donde ecologistas, pescadores o cazadores disfrutaban el entorno de formas muy distintas. Además, es un lugar donde el final (del río) y el inicio (del mar abierto) se amalgaman en un lodo pletórico de vidas a menudo anfibas, capaces de adaptarse a situaciones diversas entre el agua dulce y la que lleva sal. Morir, renacer. Andar. Nadar. Volar. Ir en bicicleta, también.

«Hemos perdido las viejas metáforas y debemos encontrar otras nuevas», escribió Julian Barnes, y aunque el delta pueda percibirse como una metáfora antigua, últimamente se ha usado tan poco que está en condiciones de casi aparecer como nueva y en cualquier caso nos hace pensar en algo, que ya es mucho, porque además ese algo es... el fin. Entre la moderna eclosión de novedades a destajo, de alumbramientos hiperpublicitados, la muerte se ha perdido un poco de vista y por eso el delta cobra un valor contracorriente al reunir principio y final en un mismo espacio.

La cuestión es que la idea primordial griega de ver el delta como puerta, como Delta Luminoso, porque «en él está la vida y la vida es la luz de los hombres», trastabilla. En teoría, un delta es generador de vida y luz. Hasta que por el río dejan de bajar sedimentos porque el agua se retiene o se desvía hacia pueblos, ciudades y cultivos adyacentes. Entonces, el delta pierde su naturaleza y se con-

dena, como siempre que la naturaleza se pierde, a perecer deprisa.

Los embalses y el agua de riego están privando de sedimentos a varios deltas del mundo que comparten hoy la perspectiva de la inundación. En el del Ebro, el mar gana diez metros de playa al año, lo que supone un trepidante avance del agua. En términos de tiempo geológico, el agua galopa hacia nosotros, no con la espectacularidad de un tsunami pero sí como una marabunta imparable, y su aceleración es inédita. El Mediterráneo es uno de los mares donde la regresión costera apabulla. Aparte del Ebro, ahí está la Albufera de Valencia, con los vecinos de El Saler, El Cabanyal o la Malvarrosa rogando por la construcción de escolleras y arrecifes artificiales que contengan la progresión del mar; o los deltas del Ródano y el Po, donde se hunden cultivos, playas e incluso ciudades, con Venecia como exponente más popularmente dramático.

Aguas allá, el ciclón Aila ha tensionado sobremanera la desembocadura de un Ganges que se derrama como nunca, y en Nueva Orleans siguen diseñando planes para evacuar la ciudad cuando el Misisipí emprenda su crecida definitiva mientras los gestores del Rin calculan la fortuna que les va a seguir costando la infraestructura que permite mantener al río seis metros por debajo del nivel del mar. La rebelión de estos deltas posee un origen común, y se llama *sedimentos*. Aunque el motivo crucial es el hombre.

Al margen de la impresión que causa alinear los nombres de unos cuantos ríos famosos en apuros, la verdad es que, de los alrededor de once mil deltas fluviales planetarios es-

tudiados por la revista *Nature*, solo el nueve por ciento padece regresión. De hecho, hay más ríos que se expanden: un doce por ciento. Si bien esto ocurre por la histórica deforestación que se está llevando a cabo en países como China o Brasil, y que ha convertido al Amazonas, el Huang He o el Mekong en emblemas de la tala insensata. Toneladas de vegetación, ramas y maderas descartadas son vertidas a los cauces y arrastradas hasta deltas que se ensanchan y crecen debido a esos depósitos.

Pero aquí vamos a hablar de los otros.

De los que se están echando atrás.

En 2021, el Nilo lidera la lista de ríos con una mayor merma en la aportación de sedimentos a su delta, y el segundo es el Ebro. Los treinta millones de metros cúbicos de sedimentos que el Ebro transportaba originalmente se han convertido en 159.000. No es una errata. Treinta millones. Frente a 159.000. Aun sin saber oceanografía, es sencillo concluir que 159.000 suena a punto final.

Y sin embargo.

—Yo no me voy a quedar mirando. Quizá no consiga nada, pero lo voy a luchar —dijo Mateo Gallart el día que me entregó las llaves de La Pantena.

La pantena es el arte de pesca que se ha practicado históricamente en el canal aledaño a la vivienda, y del arte recibe el nombre La Casa. Mateo me la ha cedido para instalarme durante un año. Mateo es un heredero de Buda, y administra la isla en nombre de su familia. Le gustó la idea de intentar un retrato de la vida en este límite y estuvo de acuerdo en prestarme la casa más extrema. El día que me enseñó la vivienda, cuatro burros cruzaban el amplio sendero rectilíneo que deriva en el mar, recortados contra los dos azules del fondo y una sola palmera

intermedia en una estampa perfectamente nilótica. Otro paralelismo africano.

Buda es el territorio deltaico que padece más directamente el azote de las borrascas. Su costa mengua a marchas forzadas y, aunque el mar no ha invadido aún los arrozales, quizá durante la próxima tormenta lo haga. Si esto ocurre, resulta muy probable, casi seguro, que La Administración, el ente policéfalo que abarca desde ayuntamientos al gobierno central pasando por la Generalitat, alegará que esa tierra es inútil, declarará lo inundado espacio público, y los buderos asistirán a cómo les expropiaran unos arrozales que pasarán a formar parte del Parque Natural.

—Lo mismo ocurrirá con muchos agricultores, les van a quitar la tierra, solo que a nosotros nos pasará antes porque Buda se ubica en el extremo más oriental del delta y está más expuesta al oleaje —dijo Mateo en el umbral de mi nuevo refugio antes de explicar el poco caso que le hacían aquí cuando empezó a reclamar la unión de agricultores, pescadores y vecinos del delta para enfrentar la regresión costera insistiendo en la necesidad de recuperar sedimentos de un modo alternativo al propuesto por La Administración.

Aquella mañana radiante ya nadie dudaba que gestionar los sedimentos suponía el gran tema, pero Mateo se preguntaba cómo era posible que él mismo no se hubiera dado cuenta antes, mucho antes, de lo que iba a pasar. Desde el principio, se había entregado a Buda cuidando cada detalle, aunque, luego lo comprendería, sin elevarse sobre la isla para obtener una mirada completa. Conocía el espacio muy bien, sí, percibía sus dinámicas internas, de acuerdo, pero le faltaba algo que incumbía a la perspectiva, a poner la distancia suficiente para evaluar

su posición en medio del todo. A veces, estar tan adentro te despista de lo demás y dejas de tomar el pulso a las fuerzas más lejanas que igualmente determinan tu existencia. Aún no se explicaba cómo había pasado tanto tiempo sin identificar los desarreglos de fondo, desoyendo las advertencias y los ejemplos sobre los cambios que ya se estaban produciendo no solo en el Mediterráneo, sino también en deltas como el del río Níger o la desaparición inminente de varias islas en los archipiélagos de por ejemplo Vanuatu, Kiribati o las Maldivas. Nunca pensó que aquellos desbarajustes remotos pudieran afectarle a él.

Hasta que en 2017 «lo vi. No sé muy bien por qué, pero lo vi. Me di cuenta de que algo, todo, estaba cambiando. Que el mar avanzaba de verdad. Que no eran especulaciones de unos u otros sino que el mar se acercaba, y que iba a continuar haciéndolo, y que había que intervenir. No sabía cómo, pero había que hacer algo». Entró en campaña. Empezó a hablar a sus vecinos sobre lo que se les venía encima usando a Buda como ejemplo.

La pesadilla que Mateo Gallart transmite a los *ebrencs* desde entonces es, según él, el sueño húmedo de La Administración: un delta inundado por el mar, pasto de mosquitos, piratas (el narcotráfico es otro rasgo del litoral) y enfermedades, y donde los únicos humanos visibles serán biólogos haciendo censos y anillamientos. Es decir, volver al delta de hace dos siglos, sin humanos ni pesca ni cultivos de arroz, porque cualquier explotación se habrá convertido en ilegal.

Durante tres años, los vecinos le escucharon indiferentes, muy ajenos a los encendidos discursos de quien consideraban un apocalíptico de salón, porque al fin y al cabo «soy un terrateniente, el tío al que históricamente hay que tumbar. Me veían, y muchos aún me ven, como Mateito y

su isla. Como si los problemas que yo expongo no les afectaran. Como si les pidiera ayuda solo para mí. Pero es que entre ellos tampoco se apoyaban. Aquí funciona mucho eso de si a ti te va mal yo me alegro, en lugar de pensar que si al vecino le va mal a lo mejor el próximo en caer eres tú».

Su insistencia le llevó a impulsar reuniones para proteger el delta, aunque las diferencias de intereses entre sindicalistas, alcaldes y delegados del gobierno impedían llegar a acuerdos. Mateo se sentía estresado e impotente, pura mecha para un carácter como el suyo, así que en una reunión dijo:

—No podemos alegrarnos cuando al vecino le va mal. De esta forma somos carne de cañón. Mirad lo que os digo: yo soy de Barcelona, vengo de Barcelona. Llevo diecinueve años en Buda, vale, pero si la cosa se fastidia, me marcho y adiós. Vosotros sois de aquí. Y os va a pasar lo mismo que le pasa a Buda. Si cae Buda, caerá el delta entero, porque ésta es la primera pieza de un ecosistema que compartimos todos. Si no defendéis la isla no podréis defender lo demás. En Barcelona nos estudian como a las hormigas para echarnos. La Administración trabaja con el tiempo. Nosotros somos finitos. Ellos, infinitos. Esperarán a que nos marchemos. El éxodo no se producirá de forma violenta sino que cada uno de vosotros concluirá que debe retirarse mansamente, como si fuera lógico, como algo inevitable. ¡Pero no es verdad! Debemos y aún podemos defender este espacio.

La gente lo escuchó con la indiferencia habitual y después, cuando el representante de los promotores de la Ley de Costas describió sus planes para el delta sin atender a las proclamas de Gallart, la mayoría aplaudió.

Justo una semana más tarde sucedió lo que Mateo define como un golpe de suerte, aunque fuera una desgracia: llegó Gloria. La borrasca extratropical llamada Jacob en Estados Unidos y Canadá —parece que hubo un cambio de sexo en pleno Atlántico— mató a cinco personas, impulsó el agua salada tres kilómetros tierra adentro, inundó el quince por ciento de los arrozales, arrasó estructuras de cultivo de mejillón, volatilizó la playa del Trabucador y engulló la de la Bassa de l' Arena; a las pocas horas ofrecía una estampa satelital de destrucción por hundimiento que los expertos ya habían vaticinado, es verdad, aunque su pronóstico apuntaba a entre treinta y cincuenta años más tarde.

Los más viejos del lugar afirmaron que no habían visto nada igual. Alguien declaró que los *ebrencs* del delta serían los primeros refugiados climáticos de España. Y Mateo Gallart empezó a recibir llamadas de agricultores, pescadores, ganaderos, restauradores, científicos y activistas ecologistas diciendo que, de acuerdo, había que asociarse y hablar. Lo primero, de sedimentos.

En matemática, la *d* mayúscula significa «cambio». *D*. En él está inmersa la desembocadura del Ebro. El espacio que hasta hace poco fue signo de fertilidad hoy lo es de límite y un cierto peligro. Se supone que, en esta latitud, una borrasca se convierte en devastadora cuando alcanza magnitud doce o trece, pero desde el paso de Gloria basta una tormenta más bien vulgar para que el agua supere defensas de arena o rocas poco consolidadas y destroce kilómetros de costa como si nada.

Desde La Pantena es más fácil pensar en estos riesgos, las tempestades han matado a mucha gente en las

aguas de ahí delante. La información modifica el sonido, añadiendo al rumor tranquilo del agua un vibrato de amenaza.

Cualquier delta vive en el cambio, aunque el del Ebro más, porque recibe aires de tres regiones y del mar, experimentando fluctuaciones y retoques constantes y muy diversos que mezclan elementos de manera siempre nueva y creativa, dependiendo de qué viento sople. Además de turbas dulces, fangos calcáreos, algas o arena, por el río llevan siglos bajando toros de lidia y jotas, esa danza aragonesa que aún bailan los pescadores con unos saltos y un despliegue corporal que contrasta con el minimalismo de la sardana, el baile popular de Catalunya. Toros y jotas son posos del Ebro alto que bajaron para quedarse y, visto lo visto, parecen más fuertes que el suelo. Han arraigado con la flexibilidad del alga, y sin duda perdurarán porque al sedimento sentimental no lo arrastra una borrasca, ni dos ni diez. E igual que muchos *ebrencs* llevan años reivindicando la jota como parte del carácter regional, desde que pasó Gloria parecen conjurados para rehacerse de aquel golpe con sus propios sedimentos, vengan de donde vengan.

El sedimento es una forma de raíz, y por eso me instalo en La Pantena pensando en mi padre. Hace unos años viví en las dehesas donde creció mi madre con la idea de entender su historia de otro modo. Y después de escribir sobre La Siberia y sus rebaños tomé aún más conciencia de que mi padre, mis hermanos y yo pertenecemos a un espacio donde se juntan tierra y mar. Pronto cumpliré medio siglo, una edad con connotaciones de cruce o de umbral que hasta tiempos no muy distantes la gente aso-

ciaba, sobre todo, al tramo final de la vida; y mi padre sigue renqueante de un tumor con el que lleva conviviendo una década. Pero, más allá de los ocasionales pensamientos lúgubres, los dos aún aprovechamos cualquier oportunidad para ir al mar. Como la enfermedad le dificulta demasiadas cosas, ha dejado de bañarse en la playa, si bien la quiere cerca, porque la arena, la sal en el aire, la luz reflejada y la masa increíble, tan increíble, de agua, le invitan a rescatar recuerdos e imaginar el futuro al sol.

En mi familia, el límite acuático siempre ha supuesto una franja efervescente de presente y futuro. En una playa soleada parece que el pasado no exista. Al menos mi padre lo vive así, y su devoción litoral hizo que él y mi madre fueran de los primeros barceloneses que empezaron a bañarse con frecuencia en el delta del Llobregat regenerado. Por eso, descubrir el delta del Ebro fue un hito sentimental. La luz de estos espacios aún más vastos conquistó su ojo de pintor de paredes profesional capaz de lograr los colores que sus clientes imaginaban, y aumentó la diversidad de su paleta.

Una garza real parte a picotazos la concha de un cangrejo de río y clava la punta en la carne que despelleja a pocas zancadas de un pato que surca tieso el canal perpendicular a La Pantena. Delante de la casa, encajadas en el canal, hay un par de jaulas para capturar anguilas. Están vacías, y así seguirán una buena temporada. La Administración ha prohibido la pesca de la anguila en Buda. Mateo atribuye el veto a una revancha por cuentas pendientes.

—La Administración es fuerte con los débiles y dé-

bil con los fuertes —dice—, así que empieza por Buda y nuestra familia.

Muchos *ebrencs* consideran que pescar y cazar es sinónimo de equilibrio y biodiversidad, aparte de una tradición en el delta, y por eso les indigna la moderna estigmatización indiscriminada de ambas prácticas, sin que los estigmatizadores atiendan a los detalles de por qué se caza aquí o se pesca allá. La criminalización a bulto, la denuncia desinformada, la exhibición de corrección política al margen de la sensatez son constantes que irritan a un personal descendiente de piratas y vikingos fiel al carácter rudo de los ancestros y siempre dispuesto a desvelar la formidable riqueza de su arsenal de invectivas. *Pixapins* («meapinos»), *pela este préssec* («toma ya»), *maria bruta* («marrano»), *mal te caigue* («que te jodan»), *pareixes de mas* («pareces de pueblo») o *quedar-se loco* son palabras y expresiones arraigadas, un fértil vocabulario también venido de río arriba y de mar adentro, puro sedimento oral.

Como en cualquier frontera auténtica, en este delta bulle un creativo lecho de expresiones y palabras que desde luego se emplean para dirimir pulsos territoriales donde intervienen poderes muy grandes con intenciones soterradas. Pero a veces las palabras no bastan, y es instintivo evocar aquella frase que alguien atribuyó a un general prusiano: «Las riberas del Ebro serían un verdadero paraíso si el hombre no viviera en ellas».

Cuando Mateo se va me acerco adonde pastan tres caballos bajo un sol que no parece de invierno. El mar murmura a unos doscientos metros. Debo conseguir una bicicleta. Cuando llegue una borrasca de magnitud

trece, o incluso más discreta, debería disponer de una bici para pedalear rápido, dejar el mar atrás y confiar en que la crecida del río no haya cortado el exiguo brazo de arena que en los períodos secos conecta la isla al continente.